

# POINSETTIA

Por

Lina SCHIAVETTI de Gómez



**E**STE BREVE ensayo histórico —que versa sobre las relaciones diplomáticas y comerciales chileno - norteamericanas, desde

nuestra época colonial hasta 1816— lleva por título el nombre de una flor, y ello no es extraño, puesto que Joel Robert Poinsett, nativo de Charleston (Carolina del Sur) fue quien la introdujo a su país, trasplantándola de Sudamérica.

En botánica se la denomina "Euphorbia pulcherrima", que significa: la más hermosa, y lo es; no sólo por su intrínseca natural belleza, sino porque pasó a constituir allá una alegoría de Navidad y simboliza los parabienes que se envían a fin de año, deseando a los relacionados las bienaventuranzas de alegría en la paz. Según Shakespeare: "una rosa, bajo cualquier otro nombre, huele igualmente dulce"; pero la Poinsettia carece de aroma y reivindicó sus méritos brindando el subyugante encantamiento, en un sortilegio de ofrenda floral. Ese arbusto al que comúnmente llamamos Corona del Inca, florece en pleno invierno del hemisferio Norte, contrastando sus pétalos de un rojo fulgurante con el paisaje nevado. Quizá sea ese mensaje de un heraldo primaveral, el motivo de la magia que ejerce en los Estados Unidos.

Una simple flor... En verdad, el más excelso y delicado exponente de la creación, que en este caso preciso, lleva asimismo aparejada la preclara inteligencia de un determinado ser humano y acrecentada además por su experiencia. Sin embargo, entre los múltiples atributos polifacéticos de Joel R. Poinsett, no figuran preponderantes los del naturalista o botánico, aunque sí, los de un gran aficionado a la Naturaleza y capaz de apreciar cuanto de bueno ésta nos ofrece. Captó, en su forma más pura, lo mucho que la vegetación representa para el individuo y eso lo comprueba el hecho de que en sus momentos amargos se acogió a la tierra, para concentrarse en estrecho contacto con ella, que restableciendo su ánimo, le devolvería la primordial capacidad de luchar y terminó sus agitados días como agricultor, a la avanzada edad de 72 años.

Este hombre sagaz, observador, altruista y poseedor de una magnética personalidad, nació en Carolina del Sur el 2 de diciembre de 1770; hijo del matrimonio entre Elijah Poinsett y Ana Robert. Podía disfrutar con gracia un galano estilo de vida, pero se distinguiría como paladín en la magna lid por la independencia americana. Ingresó inicialmente a la Academia de Greenfield (Connecticut) y de ahí pasó a Inglaterra, ampliando su educación con estu-

dios de medicina en la Universidad de Edimburgo. Por motivos de salud resentida y en busca de un clima benigno, emigró a Portugal y España, para luego recorrer la Europa meridional convertido en viajero escritor, antes de regresar a Inglaterra de nuevo, donde, esta vez, se trasladó a la Academia Militar de Woolwich. Egresó con el grado de coronel de milicias, volviendo a su país.

El Presidente James Madison tuvo el acierto de nombrarlo Cónsul de los Estados Unidos en Argentina y Chile, descubriendo así en él, que su verdadera vocación era la diplomacia. Como enviado agente confidencial, Joel Poinsett se desempeñó lógico y consecuente con el móvil de Madison, que lo promovía a una esfera hirsuta de complicaciones. Partió en comisión de servicio el 30 de abril de 1811 y, caballeroso hasta el último, no daría por finiquitada su labor entre nosotros sin antes rendir sentido homenaje al general Carrera.

Para mejor apreciar la situación, conviene remontarse a 1776, cuando la Declaración de Independencia de los Estados Unidos abrió el comercio con la América del Sur.

El primer buque con bandera norteamericana que arribó a Chile en 1778 fue la fragata "Columbus"; desmantelada por una violenta tempestad al pasar el Cabo de Hornos, su capitán John Kendrick buscó refugio en la Isla de Juan Fernández, donde el Gobernador Blas González le permitió anclar, para reparar averías. Esta contingencia provocó la mayor consternación en Chile y Perú, alarmando considerablemente al propio rey de España, que veía en ello una flagrante profanación al monopolio de la industria española en la América hispana. Aunque el capitán Kendrick protestó de su inocencia, comprobando que no traía mercaderías consignadas a Chile, no por eso don Blas González —sometido a juicio— dejaría de perder sus prebendas.

Pese a todas las dificultades, el intercambio entre Iberoamérica y los Estados Unidos continuó aumentando, por la penetración económica que representaba la pesca de la ballena, incrementada por la caza de nutrias y lobos marinos, calculándose someramente que hasta 1810 recalaban en los puertos de Coquimbo y Valparaíso —para proveerse de víveres

y agua— un total de 252 barcos, entre los cuales: 58 loberos, que cargaron 1.863.000 toneladas de pieles, y 133 balleneros. Tan solamente se registraron dos naufragios.

Con típica embestida de un pasado recalcitrante contra el inminente porvenir, lo que mayormente afectó al monarca español era la indiscriminada importación de ideas nuevas y desquiciadoras que enseñaban esos extranjeros, portadores de la Doctrina Monroe y sus principios derivados. En efecto, los iberoamericanos copiaban el ejemplo de los estadounidenses, quienes, llegados a nuestras costas y convencidos de que los colonos eran idóneos para organizarse por cuenta propia, los incitaban a rebelarse contra el dominio de la monarquía española y a quebrantar sus leyes, demostrándoles que era su cometido emanciparse y transgredir ordenanzas caducas, para cercenar el cordón umbilical que aún les mantenía ligados a la Madre Patria la cual les impedía cualquier síntoma de evolución autónoma.

Naturalmente y con método, también prosperaba un contrabando desenfrenado: perseguido por la legislación vigente, denunciado por el comercio establecido, burlando una severa jurisdicción que imponía graves sanciones a los infractores y frecuentemente respaldados por una blanda autoridad, ese ajeteo se mantenía invicto y ventajoso. Los enseres domésticos de uso corriente que provenían de los Estados Unidos: platos, tazas y otros; como también los artículos de fantasía: tabaqueras, abanicos, etc., llegaban decorados con la figura de una mujer vestida de blanco, ostentando en su mano la bandera y grabada, la infaltable leyenda característica: "Libertad Americana".

Así las cosas, el cargo encomendado a Joel R. Poinsett nada tenía de holgado; pero era él la persona indicada y mejor capacitada para el desempeño de tal función. Al cumplir las instrucciones recibidas de su país, la influencia del Cónsul se demostró valiosa para la causa de nuestra independencia.

El distinguido título de Cónsul encierra una espaciosa acepción y está supeditado por dilatadas incumbencias. Aquel que lo desempeña, se halla expuesto a un sinnúmero de añagazas y a los incon-

tables tropiezos que su dignidad le proporciona. Constantemente expuesto a la luz notoria, ella no le será perseverante ni favorable a perpetuidad. La vigorosa y discutida silueta de Poinsett no constituyó una excepción y cayó, víctima de su entusiasta buena fe. Queda para nosotros su desinteresada estela, la que dejó trazado un rumbo perdurable en las relaciones de los Estados Unidos con Chile.

El 24 de febrero de 1812, la naciente República celebró su arribo a Santiago con eufóricas demostraciones de alboroso, ya que implicaba la encarnación de un anhelo ferviente por parte del gobierno provisional de Chile, el cual aun no lograba hacerse reconocer oficialmente por otras potencias. En Europa, la Santa Alianza le ignoraba olímpicamente. El Tribunal del Consulado objetó el nombramiento de Joel R. Poinsett, porque carecía del "exequatur" directo; pero don Agustín Viel Santelices —en cuanto a Secretario de Relaciones Exteriores— lo admitió, sellando el primer informe jurídico de nuestra vida internacional.

Un flamante Cónsul extendió sus credenciales a la Junta, la que le recibió con la solemnidad debida a su calidad de diplomático y enviado en representación de los Estados Unidos de América. Respondiendo al discurso de bienvenida, pronunciado por José Miguel Carrera, Poinsett expresó vehementemente la verdadera confraternidad que sentía, al decir: "Los americanos del norte miran generalmente con sumo interés los sucesos de estos países y desean con ardor la prosperidad y felicidad de sus hermanos del sur. Me felicito de haber sido el primero que obtuvo el cargo honorífico de establecer relaciones entre dos naciones generosas que deben unirse como amigas naturales".

A continuación —sin designio de enjuiciarle, sino de exponer— quedan enumeradas algunas de las empresas relevantes que Joel R. Poinsett realizó en favor nuestro y las consecuencias de otras, menos afortunadas, pero que le fueron sugeridas por un acendrado afecto y su inmensa dedicación hacia Chile.

Preciso es recalcar que entre Joel Poinsett y José Miguel Carrera —seres afines— brotó espontánea una firme y pro-

funda amistad. Ambos pertenecían a un ambiente similar, en el sentido intelectual y cultural; compartían los mismos ideales de emancipación, y comprendiéndose, se complementarían para realizarlos. Colaboraron juntos, plasmando el éxito de una ambición común. Como personajes del siglo XIX y plenos de vitalidad constructiva, en los dos predominaba un espíritu aventurero, indispensable a la forja de esa grandiosa aventura: la independencia de la patria y eventualmente, del entero continente americano.

Sin contar con el beneficio de la perspectiva y privado de una completa visual retrospectiva, es casi imposible evaluar acertadamente a un contemporáneo; demasiado a menudo se confunde el árbol en desarrollo con los frutos que producirá. Poinsett era conocedor de caracteres y su don innato de la sicología le ayudó siempre para catalogar a los diversos individuos que trató, durante el curso de una movida existencia. Como certero analista, detectaba las humanas flaquezas de las que nadie está exento, pero pesaba y discernía, separando el capotillo del grano y así, en la balanza de su clara inteligencia, emitiría un fallo justiciero. Basándose en su intuición y guiado por el instinto del diplomático nato, Joel Poinsett se arriesgó con Carrera hasta las postrimerías, reconociendo a un americanista consumado que no le defraudaría y al que decidió prestar implícito apoyo. Confiaba en él, pletórico de fe por la culminación de una causa, que unidos defenderían. El acendrado arrastre del adalid chileno le avasalló, para hacerle depositario de su llaneza.

Para aplicarse plenamente a los problemas de Chile, Poinsett nombró vicescónsul en Buenos Aires al ciudadano norteamericano Mateo Arnoldo Hoevel, el cual vendió al gobierno chileno la primera imprenta nacional y en ella se publicó nuestro primer periódico: "La Aurora de Chile".

Ansioso por acelerar el proceso de rebelión contra España —que como absorbente progenitora exigía la absoluta sumisión de sus colonias— y a pesar de la imagen de inveterada neutralidad que pretendían mantener los Estados Unidos al auspiciar una franca política de no intervención, Poinsett propuso a la Jun-

ta el clausurar los puertos chilenos a los buques provenientes del virreinato del Perú. Tan drástica petición estremeció al gobierno, que la denegó por prudencia.

Poinsett no descansaba en su afán libertario y cooperando activamente en una revolución que asegurara nuestra total independencia, recalcó a José Miguel Carrera la imperiosa necesidad de adoptar una bandera nacional y la correspondiente escarapela con los colores patrios, cosa que consideraba de vital trascendencia para afianzar un concepto tan fundamental, cual es: la Patria Soberanía. Ello se efectuó a la brevedad, como indispensable moción para un pueblo, que se agruparía bajo esa insignia.

Muy pronto, la Junta Gubernamental solicitó a los Estados Unidos de América aquellas armas de las que tanto precisaba para afianzar su supervivencia, efectuando el encargo por intermedio de José Miguel Carrera, quien se remitió a Poinsett. El Cónsul agradeció efusivo la confianza depositada en él y se empeñó diligente para obtener cuanto Chile requería. Lamentablemente, esas gestiones iniciadas con el mayor celo y sincero empeño, fracasaron, debido a la falta completa de crédito externo del que adolecía nuestro país en el extranjero por su nuevo gobierno.

Este tropiezo no amilanó a los patriotas, quienes, por el contrario, empuñando las manos y con dientes apretados, sacarían fuerzas de flaqueza deduciendo que urgía dictar una moderna legislación apropiada, y redactaron el nombrado Reglamento Constitucional provisional de 1812. Poinsett y Carrera, estrechamente vinculados, se pusieron de acuerdo y cada cual por su parte redactó un proyecto que luego cotejarían, para adoptar una decisión conjunta. Propensas en su mayoría a la seguridad individual y protección en la integridad de los derechos humanos, los moderados principios del Cónsul fueron agregados a las leyes implantadas por Carrera y que, sometidas finalmente a la Junta, resultaron aprobadas.

Quedaban allí establecidas las principales normas que habrían de regir a la nueva República; pero Carrera —imbuído por las nociones de Rousseau y demás filósofos librepensadores franceses— y el protestante Poinsett, al estipu-

lar que la religión en Chile sería una sola, católica y apostólica, omitieron (intencionalmente o no) el agregar la palabra: "romana". Por esa supresión, afrentarían las iras del clero ofendido y una adversa reacción en la aristocracia de preponderante estirpe española y con marcadas tendencias monárquicas. Mucho les costó paliar los embates furiosos de una tormenta que los acechaba en ominoso suspenso cual latente amenaza, pronta a desencadenarse sobre ellos.

Por ese entonces, las contiendas políticas entre los hermanos Carrera habían alcanzado el máximo de su intensidad y hasta tal punto culminaba su enemistad, que Juan José incluso organizó una facción antagonica a don José Miguel. Esta rencilla fraterna amagaba seriamente la estabilidad de un gobierno que se tambaleaba, pero, impetuoso y de carácter altivo, ninguno de esos dos se avenía a ceder ni un ápice en lo que consideraban como inalienables derechos, razones de Estado y autoridad propia. Las sentatas intercesiones del padre de familia y los insistentes llamados a la cordura por parte de su hermana doña Javiera resultaron vanos para apaciguar el litigio, por lo que ellos, amargados y como última instancia, apelaron a la atraente simpatía de Joel Poinsett, el cual reunió en su domicilio a los rivales. Bajo el techo hospitalario —empleando aquel tino que le era inherente y sabía manejar con destreza— les expuso elocuente: el deber y la mutuas obligaciones que les ligaban con lazos consanguíneos; aclarando que tales prerrogativas y dotes pertenecían a Chile para absoluta entrega y habrían de consagrarseles, descartando toda personal codicia o envidia. Los otrora enconados enemigos terminarían abrazándose emocionados y Joel Poinsett consolidó así una inapreciable reconciliación, la que mantendría el precario equilibrio de la República.

Como representante de los Estados Unidos de América, Poinsett se mostró siempre bien dispuesto para secundar los proyectos del gobierno chileno: fomentó las relaciones intercontinentales, apoyando el intercambio comercial y la inmigración; promovió interesantes acuerdos relativos a la industria, minería y agricultura, la que señalaba su más directa preocupación. Durante el transcur-

so de una extensa vida, su limpia hoja de servicios no revela ningún hecho vulgar o mezquino.

En junio de 1812 estalló la conflagración entre Inglaterra y los Estados Unidos. Esa repentina noticia le impresionó vivamente, hallándose desgarrado entre la devoción para con su patria y el cumplimiento de la comisión sudamericana que le encomendara el presidente Madison, por lo que, sin mayor tardanza, se trasladó brevemente a su país.

La fragata "Essex" —enviada por los estadounidenses con intención de velar por sus intereses en el océano Pacífico— recaló en Valparaíso el 13 de marzo de 1813 y durante los ocho días que la nave se mantuvo surta en la bahía, imperó el júbilo de los patriotas chilenos, hasta que el barco prosiguió un crucero que culminaría allí mismo, en 1814.

Ya de retorno en Chile, Poinsett no permaneció inactivo, pues José Miguel Carrera partió al sur desde Santiago el 15 de abril de 1813, con la audaz voluntad de formar y equipar un ejército chileno, dispuesto a batirse contra los realistas desembarcados en Talcahuano. El Cónsul le acompañaba en calidad de asesor militar, pero pronto se trocaría en indiscutido Jefe del Estado Mayor; tenía manos firmes y hábiles para construir cuanto le dictaba su inventiva mentalidad; en abril del mismo año, dirigió las fortificaciones del cerro Bobadilla; participó como activo combatiente en las acciones guerreras de Concepción y Talcahuano; no conforme con trazar un croquis topográfico de ese puerto, hizo lo propio en Chillán, donde se halló confinado por el sitio que los patriotas impusieron a la ciudad. Lejos de quejarse por la crudeza del invierno y otras situaciones infortunadas, Joel Poinsett se adhirió aún más íntimamente —si es posible— a las penurias que padecía el improvisado Ejército de Chile. Subsistía, también en él, la ilusión de un fausto devenir y no escatimó esfuerzos, tesón o sacrificios para secundar las acciones militares de los patriotas; tampoco rehusó operación alguna, por riesgosa que fuera. Emprendía misiones peligrosas y efectuaba tan avanzados cometidos, que el general español Juan Francisco Sánchez le reconvinó por oficio, puesto que gozando del fuero diplomático, se expo-

nía exageradamente. Pero el Cónsul no otorgó contestación a dicha carta.

Entretanto, Carrera obtuvo —mediante infinitas contrariedades y sólo merced al adepto Poinsett— los veleros "Perla" y "Potrillo", dos buques mercantes de los Estados Unidos que integrarían una escuadrilla marítima para la incipiente República de Chile, y que fue integrada en su mayoría por tripulantes norteamericanos. Era un primer paso, seguro y osado, tendiente a la creación de una Marina de Guerra chilena.

Los acontecimientos se precipitaban y Joel R. Poinsett no permanecería ajeno a ellos.

El 19 de abril, Carrera se reunió en Talca con Bernardo O'Higgins, derrotado y fugitivo, quien —vibrante de impaciencia— le expondría un estratégico plan de ataque contra los realistas, el cual no satisfizo al general, que lo rechazó sin miramientos. Ante la porfiada insistencia de O'Higgins y para transar una discusión, optaron por consultar a Poinsett, remitiéndose a su imparcialidad, que haría prevalecer algún acuerdo. Y él —que demasiadas veces fue tildado como acérrimo "carrerista"— interpuso sus buenos oficios con perfecta ecuanimidad militar: percibió la esclarecida táctica de O'Higgins y contradiciendo al amigo, dictaminó que la empresa era no sólo factible, sino también extraordinariamente lúcida y por demás realizable. Poinsett concebía como única meta la causa de la libertad americana, que encontraba justa y por la cual volcó toda esa apasionada dedicación que caracterizaba sus actos.

Los medios propuestos por O'Higgins le aparecieron propicios para la consecución de un fin, y con criterio visionario del inminente futuro, aconsejó acatar ese determinado método de ataque: aquel que arrebataría un triunfo desde las mismas fauces del desastre. Sin titubear en el momento crucial, distribuyó a la menuda tropa el poco armamento de que disponían, cargándolo personalmente con las insuficientes municiones. La ingeniosa iniciativa de O'Higgins culminó con el resonante triunfo de San Carlos. Ahí acamparon las gloriosas huestes de una epopeya histórica el 9 de mayo y, remachada la victoria, el Cónsul efectuó

un levantamiento topográfico del lugar, pues no se hallaba a la sazón ningún otro capacitado para hacerlo.

En el sur, los designios del destino y el azar de la guerra se mostraron antagónicos hacia don José Miguel Carrera quien, forzado por las circunstancias, suspendió un intento desesperado: el asedio de Chillán. En el rigor de la estación invernal, sin víveres, soldados, ni armas, y carentes de lo más esencial a la supervivencia, el general se vio obligado a suspender un sitio imposible de mantener, bajo tan arduas condiciones. Ello provocó acendrado descontento del gobierno y por lo cual Carrera y Poinsett fueron conminados a trasladarse prestamente a Santiago y dar cuenta de su extravagante actuación. Repercutió con grave desmedro para el prestigio de ambos y como epílogo José Miguel y Luis Carrera fueron tomados prisioneros por los realistas.

Consciente de que ya nada le cabía realizar por favorecer a Carrera, la entereza emocional de Poinsett sufrió un rudo golpe. Desalentado, solicitó retirarse momentáneamente al campo, donde obtendría calma, reposo y fuerzas que le permitieran renovar su incansable tarea encaminada a la liberación del dilecto amigo y caudillo chileno, con la consiguiente batalla que se cernía en el horizonte.

Le arrancarían de sus cavilaciones un imprevisto suceso. Casi al año después de su partida, la fragata "Essex" arribó nuevamente a Valparaíso, portadora de un cuantioso botín —ganado a los ingleses— el que desembarcó en ese puerto. La escuadra británica, al mando del comodoro James Hillyard, no se haría esperar y con dos barcos, el "Phoebe", de 36 cañones y el "Cherub", con 18, procedió a bloquear eficientemente la bahía durante 48 días, al cabo de los cuales, el 28 de marzo de 1814, el "Essex" —más veloz y expedito— trató de escapar, pero sin éxito. Su desigual y heroica resistencia al combatir contra los ingleses se prolongó durante dos horas con treinta y cuatro minutos de inenarrable carnicería. El comandante Porter se empeñó en tres consecutivos abordajes, que fallaron. De sus 315 tripulantes, perdió: 58 muertos, más 66 heridos y 60 desaparecidos, presumiblemente ahogados. Cuando lla-

mó a reunión de oficiales, apenas si compareció un único sobreviviente. A Porter no le quedaba alternativa y capituló. Al fogueado inglés que lo abordó —destacado para recibirle la espada, en señal de rendición— le sobrevinieron náuseas de horror ante la tamaña mortandad y el derramamiento de sangre que presenciaba; el aguerrido conquistador cayó desmayado, desplomándose exánime sobre la maltrecha cubierta del vencido "Essex".

Poinsett se hallaba en Valparaíso desde el 20 y presuroso acudió reiteradamente al gobernador de ese puerto, para que mandara disparar las baterías de los fuertes del Barón contra los barcos ingleses clamando al ultraje y atropello de la neutralidad chilena y por abierta violación de sus aguas territoriales. Fue desoído.

El comodoro Hillyard —que era en realidad un agente especial destacado por el virrey Abascal del Perú— portaba proposiciones de éste para los chilenos. El general Carrera había disuelto el Congreso y el virrey —que no reconocía a la Junta de Santiago— contaba con la suficiente autonomía para controlar la situación en Chile: con personal chileno, pero comandado por oficialidad española. En resumen: a raíz de la triste aventura padecida por el "Essex", la presión ejercida se traduciría en la firma del Tratado de Lircay.

Joel Poinsett se enemistó con el vigente Director Supremo, reprochándole a Lastra el no salvaguardar la persona de don José Miguel Carrera, a la sazón preso. Dispuesto a no dejar piedra sobre piedra para la consecución de su objetivo y reacio a desistir de la inconclusa faena, que le empeñaba a ganar franquicias para un líder de su elección, Poinsett impugnó duramente el Tratado de Lircay, por representársele como retraso para la independencia de Chile. Las emprendió contra la Junta, que aparentaba complacencia hacia Gran Bretaña y frente a la confabulación de incidentes aviesos, sin obtener resultados positivos y colmado de disgustos, optó por replegarse a Buenos Aires, no sin antes redactar una sentida carta a don Bernardo O'Higgins, solicitándole efectuar cuanto en su poder estuviese, a fin de obtener la libertad de los hermanos Carrera.

Muy a su pesar abandonaba Chile, al que amó con ardor, como a una segunda patria adoptada, puesto que participó en la gesta de su nacimiento y emancipación como república.

Después del desastre de Rancagua y proscrito a la Argentina, don José Miguel Carrera fraguó una insólita acción y se dirigió a los Estados Unidos, con el objeto de conseguir un préstamo para la subvención de los patriotas. El exiliado se encontró allá con el capitán Porter de la malograda "Essex" y, por supuesto, no le faltó un aliado solidario en Joel Poinsett. Todavía le era de preciosa utilidad la real y sincera estima contraída en Chile con el cónsul de los Estados Unidos, que se demostró incondicional adicto. Agasajado y espléndidamente acogido, la atención de esos dos amigos puso a Carrera en contacto con John Skinner, el cual disponía de 4.000 dólares y una dosis de ilimitado optimismo en favor de la causa sudamericana, pues no cualquier comerciante acaudalado los invertiría a ciegas, sin garantía de solvencia. Don José Miguel le firmó un pagaré, fechado el 24 de noviembre de 1816, al cien por ciento de interés, deuda que fue posteriormente cancelada por O'Higgins.

La esforzada y artilante carrera de Joel R. Poinsett se prolongó y continuó durante un largo período, a despecho de las vicisitudes sudamericanas que le eran tan caras. En 1817 perteneció al Congreso de Carolina del Sur, más tarde se le nombró Ministro de los Estados Unidos en México y desde 1822 a 1828 intervino en los asuntos políticos de ese país. Como Secretario de Estado bajo el presidente Martin Van Buren, se destacó sus-

citando la independencia de Texas; luego, llegó a ser Ministro de Guerra (1837 a 1841). La fulgurante carrera del hombre público se apagó, al fallecer ese campesino de alma el 12 de diciembre de 1851, en la quietud de Statesburg.

El Cónsul generoso nunca olvidó a Chile, y por eso ocupa un destacado sitio en nuestra historia. Cimentó un puente panamericano de imperecedera alianza, al tender las amarras de auténtica concordia inquebrantable; fusionó la aspiración de dos naciones hermanas, y es más: de su propio peculio —como recuerdo suyo y de su fructífera estadía entre nosotros— donó la estatua a don José Miguel Carrera, que admiramos. Quiso inmortalizar en bronce la imagen del prócer chileno que con ímpetu indescriptible lanzó el grito: ¡Libertad! Cual un himno, esa efigie representa a José Miguel Carrera en el apogeo de un dechado histórico: lo muestra de pie, vistiendo el uniforme de húsar que usaba con prestancia y arrojo; en actitud serena, noble y digna. Es de por sí, una legítima obra de arte —que jamás dejará indiferente al observador imparcial— y lleva en su placa dedicatoria la firma indeleble de Joel Robert Poinsett, primer Cónsul de los Estados Unidos de América en Chile.

#### Bibliografía:

- "Historia Diplomática de Chile" por Mario Barros.
- "Relaciones Diplomáticas entre los Estados Unidos y Chile", por Agustín Bianchi Barros.
- "Encyclopedia Britannica" y "Diccionario de Chile".